

EL MOVI MIENTO



AÑO 2 | NÚM.3

Revista de Creación Literaria

EL MOVIMIENTO

EL MOVI MIENTO

Año II, número 3

El Movi Miento está configurado como una corriente abierta a la participación de nuestros lectores. Una información más concreta sobre la posibilidad de realizar una colaboración puede encontrarse en nuestra página web

www.elmovimiento.es

Director: José Vicente Rubio “Eire”

Consejo Editorial: Carlos Montero Bandín; Javier Alonso de la Iglesia; Jesús Sánchez-Girón Forniés; Luis García-Orea Álvarez; José Manuel López Sánchez-Caballero; José Vicente Rubio

Cocina: José Antonio Ibáñez Larrauri, “Micky”

Diseño y edición: Olga Espino de Torres-Peralta

Editorial: NIKOBOX WORLD

© de los cuentos pertenecen a los autores.

© de la revista pertenece al Consejo Editorial.

Imagen de cubierta: montaje a partir de FlexClip

Impreso y publicado en Madrid por Estugraf

Prólogo

Triunfar en el mundo artístico es complicado. No basta con tener genio; hay muchos artistas talentosos, pero solo unos pocos logran destacarse del anonimato y entrar en el selecto "mundillo de los grandes maestros". A lo largo de la historia, pertenecer a un círculo influyente, o tener el respaldo de mecenas y figuras poderosas, ha sido, a menudo, crucial para alcanzar el éxito.

En mi último viaje a Venecia me encontré con la figura de Pietro Aretino, un escritor y satírico italiano que, en el siglo XVI, dictaba quién podía triunfar en la ciudad de los canales. Aretino, como muchos críticos actuales, no siempre ejercía su juicio por amor al arte. Su capacidad para manipular opiniones y obtener favores le ganó el apodo de "el flagelo de los príncipes". Usaba su ingenio para halagar o destruir reputaciones según sus intereses. El caso del pintor Tintoretto es emblemático, pues de origen humilde necesitaba el apoyo crítico de Aretino, por lo que pintó dos cuadros para su casa a fin de poder contar con sus consejos y elogios. Esto le permitió, en un primer momento, obtener encargos importantes y mudarse a un taller más grande.

Sin embargo, cuando Tiziano, su gran rival, regresó a Venecia y amenazó a Aretino con retirarle su apoyo, y las saladas comisiones que se embolsaba por intermediar con la venta de sus cuadros, el crítico dejó de mencionar a Tintoretto. Ese silencio no arruinó su carrera, pero cercenó su fama fuera de Venecia. Nunca pintaría para pontífices y emperadores.

Este episodio nos recuerda la importancia de una crítica justa y constructiva, algo fundamental para nuestra

revista, que busca dar voz a escritores que aún no forman parte del "mundillo" literario, no por falta de talento, sino por razones ajenas a su arte. Es bajo ese espíritu con el que presentamos las 10 piezas que hemos seleccionado para este número.

El primer texto es de Mercedes Chozas, titulado *Pelillos a la mar*. Presenta una serie de viñetas cargadas de ironía, juegos de lenguaje y reflexiones mordaces sobre diversas situaciones cotidianas y existenciales. El tono lúdico y, a veces, cínico recuerda a autores como Julio Cortázar o Antonio Tabucchi, quienes exploran lo absurdo y lo anecdótico para desarrollar algo más significativo. Este enfoque sobre la realidad consigue crear un aire filosófico, camuflado en la aparente simplicidad de los eventos narrados.

Por su parte, Miguel García de Antelo combina en *El castillo* un humor ácido con un tono reflexivo y crítico sobre las experiencias hospitalarias y los recuerdos de la adolescencia. El narrador usa su estancia en el hospital como pretexto para explorar el miedo, la vulnerabilidad y la humillación, todo ello atravesado por la figura de un antiguo compañero de clase, que ahora es su médico. Este relato me trajo a la mente, quizás de manera intuitiva, la obra de Joseph Roth, como *La marcha Radetzky*, en la que aborda el desmoronamiento de una familia y un imperio con un tono nostálgico, resignado ante la inevitable desaparición de ese mundo. En *El castillo* el protagonista experimenta una sensación similar de decadencia personal, atrapado en el hospital, reflexionando sobre el pasado y las oportunidades perdidas. Aunque las ambientaciones difieren — la vida hospitalaria frente a la caída de un imperio —, ambos textos comparten una preocupación por la pérdida de sentido y el desgaste de las ilusiones.

El ensayo *Pasolini: Pasión y muerte (o Pulsión y muerte)*, de Marta Toresani, ofrece un análisis profundo y emotivo de la vida, la obra y el pensamiento de Pier Paolo Pasolini, explorando tanto su faceta artística como política. Aunque es difícil precisar las influencias exactas

que la autora ha trabajado, sus referencias al comunismo de Pasolini y su crítica al capitalismo parecen alinearse con el análisis marxista de Antonio Gramsci sobre la cultura y la hegemonía, quien en sus *Cuadernos de la cárcel* examina cómo la hegemonía cultural no solo se mantiene a través de las instituciones estatales y la coerción, sino también mediante el control de la cultura y las ideas, creando consenso sin recurrir constantemente a la violencia. Esta lucha cultural — que Gramsci y Pasolini consideran esencial para resistir — es tan relevante hoy como lo fue en su época.

Nuestra revista es de creación literaria, por lo que no entraremos en debates sobre cómo va el tanteo en esa guerra silenciosa, ni por supuesto en cuál es el bando correcto.

En la sección de poesía, presentamos cuatro obras. La primera es de Giovanni Dotoli, un autor de vasta trayectoria académica y literaria, que nos brinda un repertorio de versos impregnados de una profundidad espiritual y ética. Dotoli, poeta de vocación y académico consagrado, reflexiona sobre el dolor y la esperanza a través de símbolos universales. En *Madre cullami*, recurre a la figura maternal como refugio y faro de pureza, mientras que en *Il mondo va*, el autor aborda la urgencia de una humanidad solidaria y justa. Estas composiciones, con su lenguaje íntimo y a la vez universal, evocan la lírica de Giuseppe Ungaretti, quien, como Dotoli, explora el dolor humano desde un lirismo austero y comprometido. Sus versos resuenan con la esencia de una poética que llama a la empatía y la regeneración, recordándonos el poder de la palabra para iluminar las sombras que amenazan al mundo.

La segunda es *El otoño*, de María José Díaz Garrido, un poema que evoca la serenidad y belleza de esta estación, utilizando imágenes sensoriales que construyen una atmósfera melancólica y romántica. Leyendo sus versos, no puedo evitar recordar el famoso poema de Rilke en su *Libro de las imágenes*: "*Otoño / Las hojas caen, caen como si desde lejos, / se marchitaran en el cielo jardines*

lejanos; / caen con un gesto de negación. / Y en las noches cae la pesada tierra / lejos de las estrellas hacia la soledad. / Todos caemos. Esta mano cae. / Y mira a las otras: es en todas. / Pero hay Uno que infinitamente suaviza / esta caída con sus manos."

El tercer poema, *Esencia*, de Óscar de la Fuente, refleja una profunda introspección. Utiliza imágenes emocionales y sensoriales para explorar la vulnerabilidad y la esperanza en medio de la decepción. El tono esperanzador hacia el final, con sus imágenes de luz y dirección, me recuerda la obra de Benedetti, quien también mezcla desencanto con un toque de optimismo en sus poemas, sobre todo cuando aborda el amor y la resiliencia.

Acabamos los poemas con Carmen Gugalun y su *Collage poético de collages*, que se inspira en la poesía francesa de principios del siglo XX, un periodo de intensa innovación en el que las artes visuales y literarias comenzaron a entrelazarse. A diferencia de Apollinaire, quien creó caligramas mediante la disposición de sus versos, Gugalun apuesta por el collage, una forma de arte visual nacida en esa misma época, para combinar sensaciones visuales contemporáneas con el simbolismo de su poesía. Sus obras, compuestas por fotografías y versos, buscan expresar sus sentimientos más íntimos, creando un puente entre la imagen y la palabra.

Del verso saltamos al teatro y presentamos el primer acto de la obra *Un padre transgresor*, del reconocido escritor Tomás García Yebra. Se trata de una comedia dramática que explora la relación entre un padre cínico y su hija adolescente. A través de diálogos ingeniosos y sarcásticos, la obra reflexiona sobre el amor, la paternidad, las expectativas sociales y las diferencias generacionales. La pluma de García Yebra parece inspirada en el ingenio mordaz de Bernard Shaw, con su humor agudo y la crítica a las relaciones humanas.

(Estamos en conversaciones para publicar esta obra de teatro por entregas en nuestra revista, y esperamos llegar a su estreno para ofrecer una crítica en primicia.)

El relato *Mr. Brightside*, de Víctor Corpa Rubio, es una historia cargada de humor, nostalgia y cierta melancolía, centrada en decisiones impulsivas y oportunidades perdidas. Con un tono fresco y coloquial, el narrador nos lleva por una noche en Madrid que pasa de la euforia al desencanto de un amor efímero. Su estilo, neurótico y cínico, evoca el tono de Woody Allen en películas como *Annie Hall* o *Manhattan*, con un protagonista que se debate entre sus deseos y su incapacidad para alcanzar satisfacción emocional plena.

Finalmente, cerramos este número con *La moto*, de Daniel Quirós, un relato que transmite una fuerte sensación de melancolía y resignación. Enmarcado en la vida de un trabajador costarricense, aborda la pérdida de un amor y el daño a su posesión más valiosa: una moto. El estilo sobrio y directo de Quirós, con descripciones precisas, aunque sin adornos excesivos, evoca la prosa concisa de Hemingway, especialmente en *El viejo y el mar*. Rigo, el protagonista, es un hombre que sufre en silencio y enfrenta sus derrotas con una aceptación estoica, como muchos personajes de Hemingway. En definitiva, este es un relato lleno de nostalgia, donde las pequeñas derrotas de la vida cotidiana adquieren una gran carga emocional.

Con estas creaciones, invitamos a los lectores a adentrarse en reflexiones literarias profundas y diversas, con el espíritu de descubrir nuevas voces y talentos que merecen ser escuchados.

Eire

Pelillos a la mar

Llegó una tarde azul de verano. Alta, elástica, traviesa. Todos los chicos de la pandilla la miraban embobados. Y, además, de París. La piel dorada, la sonrisa, la *poitrine*, la erre blanda, *oui, mon ami, l'été*, su acento tan, tan francés. El pelo se movía al compás de su cabeza sin encrespase, liso, sedoso. Volaba en el aire, iba y venía para volver siempre a su sitio. Acompañaba sus oscilaciones en la playa, en el agua, en el muelle, en la barca, en la carretera. Sus manos lo llevaban hacia atrás, lo ahuecaban o lo recogían por encima de la nuca con la gracia de una ofrenda.

Todos se enamoraron de ella, todos, así que no tuve más remedio que hacerlo.

Una noche me colé en su cuarto. Esperé escondida a los pies de la cama, atenta a su respiración durante mucho tiempo. Me acerqué y ahí estaba su cabellera sobre la almohada. Había engrasado las tijeras para que no hiciesen ruido. Corté lo más que pude y metí el trofeo en una bolsa.

Al amanecer arrojé los pelos desde las rocas. Vinieron las gaviotas a picotear esos mechones trigueños que se confundían con las algas. Pelillos a la mar.

Por la tarde la vi en medio de los chicos con un corte de pelo a lo *garçon*. Alta, elástica, traviesa.

★ ★ ★

Cuando por fin la abogada me entregó el talón firmado por mi ex, me olvidé de muchas cosas, hasta de su nombre... Pelillos a la mar.

★ ★ ★

Hay días en que las musas no nos visitan y nos quedamos medio aparvados frente al cuaderno haciendo bobadas indignas del Arte: los pellejitos de las uñas, las miguitas de la goma de borrar, los monigotes, las bolitas de papel, la ventana de enfrente, los pelillos que no se van a la mar...

A solas con nuestros pecados, cómo nos gustan los pelillos a la mar.

Al insigne hombre de letras que dedicó su vida a velar por el español.

La Real Academia de la Lengua

Hubo discursos, lectura cervantina, recitación de un eximio poeta, palabras de condolencia y besamanos. La viuda lamentó que el epitafio institucional estampado en la piedra estuviese escrito con caracteres tan grandes, así que tuvo que conformarse con un lugar más discreto para despedirse del prohombre.

Semanas después podía leerse, en letras doradas:

Te perdono. Pelillos a la mar.

Mari Ángeles

Menuda cara de pelillos a la mar se les va poniendo a los políticos con el paso de los días.

Cuando solicitó mis servicios para dar forma a ese montón de papeles, supe que había llegado la hora de mi venganza.

Solo tuve que organizar un corta y pega con el fin de que pareciera coherente y definitivo.

No se dio cuenta de que había párrafos de *La Odisea*, el *Libro de las Fundaciones*, *Don Quijote*, *Fausto*, *El Cortesano*, *Cartas a su hija* y *El Príncipe*; sin entrecomillar, sin cursiva y sin autor.

Total, yo era un don nadie en la sombra. Cuando le acusaron de plagio, yo estaba en Las Bahamas con otro nombre. Pelillos a la mar, doctor.

☆☆☆

Soy corrector de pruebas y estaba tan harto de sus frases hechas y expresiones manidas que al leer “La vendedora le atendió con el ceño fruncido” lo cambié por “...le atendió con el ceño fruncido”. No pude evitarlo. Pelillos a la mar.

☆☆☆

¿Quién iba a imaginar que los jóvenes airados del 68 y los progres de los 70, tan rebeldes, tan reivindicativos, tan gamberros, iban a pasar la edad proveyta cobijados en sus propiedades burguesas cultivando la neolengua de lo políticamente correcto y mirándose el ombligo, mientras susurran pelillos a la mar?

☆☆☆

Cuentan que Mijail Bajtin, en el cerco de Leningrado, consiguió tabaco, pero no papel de fumar, y era tanta su inquietud que, cigarro a cigarro, fue quemando las hojas escritas durante los últimos diez años. De este modo conservó la cordura para volver a escribir lo que se había fumado. Papelillos a la mar.

☆☆☆

Los escritores conocen el corazón cicatero de los editores, y los editores, el corazón vanidoso de los escritores. Así, unos ahorran su dinerito sin pagar lo que deben y los otros se sienten bien pagados sin cobrar lo que publican. Y con ese ten con ten y pelillos a la mar, vamos negociando.

☆☆☆

Cómo me identifico con la Reina de Corazones cada vez que un político hace de las suyas.

— ¡Qué le corten la cabeza!

Y pelillos a la mar.

☆☆☆

Dada nuestra condición pasajera, pelillos a la mar por casi todo.

★ ★ ★

Igual que las manecillas del reloj avanzamos en el tiempo con un tictac cargado de nostalgia, ansiedad o impaciencia, según enfermemos de pasado, de futuro o de presente. Un día el reloj se para y el corazón deja de sonar. Me estoy poniendo melancólica, necesito una ración doble de pelillos a la mar.

★ ★ ★

¿Y si dejáramos de arrojar plásticos y porquerías al mar y solo tiráramos pelillos?

★ ★ ★

“¿Queréis un amo?” decían los jóvenes del 68. “Pues lo tendréis”. ¡Y vaya si lo tenemos! Y no hay pelillos a la mar que valgan.

★ ★ ★

Los críticos elogiaban los juegos temporales de sus novelas, esos saltos retrospectivos en que el personaje retrocedía al pasado y regresaba al presente con la naturalidad de un paso de baile. Hablaban de Proust, de Faulkner, de Virginia Woolf, de Borges... Pero un día, de tanto deambular por el ayer, el escritor se perdió en un laberinto de pretéritos que nunca alcanzaban el ahora. Y, andando, andando, llegó a un mundo fabuloso donde aprendió a recorrer los caminos de la maravilla y a hacer malabares con principios, nudos y desenlaces. Y en ese vagar se quedó a vivir en los tiempos de Maricastaña para siempre. Se olvidó así de las penurias de la otra vida y no volvió a probar las magdalenas, no fueran a devolverlo al presente, y pelillos a la mar.

★ ★ ★

Al despertar de la operación me aterró la cara de pelillos a la mar que ponía el cirujano.

Acerca del autor

Mercedes Chozas (Madrid, 1952), profesora y escritora, ha sido galardonada con el Premio Nacional de Literatura Infantil por *Palabras de cuento*, en 1979, y con el Río Manzanares de novela por *Las horas náufragas* (Calambur, 2006).

Otros libros publicados: *Antes de los dieciocho* (2002), antología de cuentos contemporáneos; *Antología del teatro español* (2007); el libro de cuentos *Sus labores* (2009), y la novela *Los abecedarios* (2013).

Castillo

Solo hay dos razones por las que voy a un hospital: porque hay algún amigo o familiar ingresado, con quien voy a quedar como un miserable si no los visito, o porque yo me siento tan, tan mal que el dolor físico me resulta mayor que el dolor de espíritu que siento al entrar en uno de esos templos de la blancura. Para los casos que no están en esos dos extremos, prefiero pagar el precio de no ir al hospital: quedar mal con un amigo no muy cercano o un familiar “de Navidad”, o pagar con mi dolor o malestar. Con tal de no meterme en la tripa de la ballena blanca, soy capaz de inventarme un viaje o convencerme de que ese dolor es temporal y soportable.

Hay contemplaciones en la vida deprimentes *per se*, y asistimos a ellas desde nuestra posición de sufridor pasivo, sin poder hacer nada más que deprimirnos. Las pilas se nos agotan como si estuviesen iluminando una ciudad entera cuando uno escucha el “Aló, presidente” de Chávez, o cuando uno ve a una joven hermosa tomando el sol con un dragón amenazante tatuado, o cuando sale Laura Bozzo por TV, o cuando atraviesas la puerta de un hospital, un centro de tortura perfectamente diseñado para humillar al enfermo. Puedes ser la persona con la autoestima más elevada del planeta, la más admirada, premio Nobel, millonario, gurú de algo muy elevado, o despampanante modelo que causa dolor de cuello a su paso...

Cuando entras en un hospital, dejas de ser tú y pasas a ser un enfermo, un cuerpo averiado en un entorno diseñado en cada detalle para humillarte. Llegas con tremendos dolores, asustado, pidiendo ayuda y el

primer contacto con el aparato hospitalario deja claro que tus problemas, dolores, miedos o sentimientos debes dejarlos fuera, no tienen lugar en su mundo blanco: “¿Cuenta Ud. con algún seguro o tarjeta de crédito?” es el primer contacto con los entes disfrazados de personas que habitan en los hospitales.

Después vienen dos humillaciones seguidas, que parecen menores, pero ambas son de una gran violencia, están diabólicamente sincronizadas para asestar dos golpes seguidos a la poca autoestima que te va quedando.

La primera es la aparentemente inofensiva descripción de los síntomas y las preguntas de rutina. Ahí tiene uno que contarle, al ente disfrazado de doctor, cosas como el color y consistencia de sus heces, cada cuánto va al baño, si ha tenido relaciones sexuales contra natura, etc. Si te ven aún entero tras esta lista de preguntas cuyas respuestas ellos van anotando, como si fuera la lista del súper y no las claves para entender cómo hacer para mantenerte en el mundo de los vivos, entonces dejan lo psicológico y se aplican con tu yo físico: “¿Le duele aquí?”, pregunta que se repite hasta que uno pega un alarido. Pero eso es solo el aperitivo...

Viene el plato fuerte, la segunda humillación. “Por favor, póngase esta batita”, que no es una bata, es un pañuelo. Una vez decidí que me la ponía al revés y le dije al ente disfrazado de enfermera: “Mire señorita, prefiero que la gente me vea los huevos a que me vea el culo, por lo menos puedo ver qué cara ponen”. No me dejó, claro. Esta vez me llevé por precaución mi pijama, pero tampoco me sirvió.

Así que aquí estoy, postrado en una cama con la batita, que ella sola trepa hasta la cintura, y una leve sábana que a juzgar por lo poco que abriga debe estar mostrando mi masculinidad a todo el que tenga un poco de curiosidad.

Y a todo esto un dolor espantoso, agudo y tenaz, tan espantoso que no me importan las humillaciones que estos entes de blanco, que intentan parecer seres humanos,

me infligen. La acupuntura es una ciencia o un arte o un saber milenario oriental que cura gracias a los estímulos que producen pequeñas agujas en puntos concretos de nuestro cuerpo. Lo sé porque alguna vez fui a unas sesiones. La nueva versión occidental es más directa y menos sutil, pero muy efectiva: una sola aguja, mucho más gruesa y con ella te meten un líquido transparente que te quita el dolor, y el sentimiento de humillación, y te deja como nuevo.

En ese estado de placidez beatífica, donde el tiempo no pasa salvo para el taxímetro de mi tarjeta de crédito, me llevan de un aparato a otro, llegan enfermeras serias, médicos vampiros serios que te sacan sangre y la ponen en una lonchera para tomársela luego, porque en el hospital no permiten beber mientras se trabaja.

Y después se olvidan de ti, te dejan en una habitación blanca de un pasillo blanco, que es el ordenado intestino de esta ballena blanca a la que el dolor me trajo. Despeinado, amarillo, medio en bolas, medio muerto y sonriente sobre la cama, con una sonda atada al brazo derecho, que no me atrevo a sacar no vaya a ser que el dolor regrese. Un rato, otro, y entonces aparece un ángel blanco, con la primera sonrisa del día, y me pregunta si me encuentro bien y me dice que el doctor Castillo está llegando, que le avisaron a su casa y que está en camino.

Escucho al doctor Castillo llegar por el intestino contándole a alguien lo bien que estaba jugando su partido de golf cuando le sonó el biper y la mala cara que puso su esposa cuando le dijo que tenía que venir al hospital por culpa de un desgraciado que se le había ocurrido enfermarse y estropearle su domingo.

Entra y saluda como saludan los médicos, que es igual a como escriben las recetas. Algo dicen, más a la habitación que al paciente y que el paciente no entiende, igual que la receta que solo la entiende el farmacéutico, y el saludo solo lo comprende alguien de esa corte de blanquecinas que lleva detrás. Toma en sus manos la carpeta que está colgada en la cama y lee en

alto mi nombre, y lo vuelve a leer y ya sin leerlo lo vuelve a decir en alto. ¿Será que me conoce este doctor? Le miro a la cara y le reconozco, es Castillo, claro Castillo el del colegio de toda la vida, mi compañero de clase de la prepa, el de "Hay alumnos y alumnos", ¡claro!, joder, sí, es ese Castillo, no jodas, ahora sí que estoy jodido. Muerto es lo que estoy, Castillo me va a matar, con un escarpelo y encima será legal. Muerto, estoy muerto.

Castillo empezó la primaria conmigo, bueno en mi colegio; él estaba en una clase y yo en otra, pero en el patio, en el recreo, estábamos todos y todos jugábamos al fútbol, policías y ladrones, churro y esas cosas. Y 11 años después, en uno de esos revoltijos que hacían de vez en cuando, nos tocó en la misma clase. Castillo era buen estudiante, yo no. Buen alumno, tranquilo, no se metía con nadie, hacía la tarea y sacaba nota en los exámenes. Yo me juntaba con los divertidos, los que no siempre íbamos a clase, los que hacíamos chistes, los que complicaban la vida a los profesores, los de las filas de atrás. Vamos que yo me lo pasaba muy bien, sin pensar en poco más que divertirme y en conseguir una novia a la que poder tocarle las tetas hasta gastárselas, no en vano estábamos todos cultivando hormonas en un colegio de varones. Castillo estudiaba y tampoco tenía novia, tenía mejores notas y las hormonas anestesiadas. No era mal chico, ni bueno... era Castillo. Y yo me llevaba bien con él, a pesar de que no era divertido.

He de reconocer que ese año los profesores nos tuvieron bastante paciencia. Cada día hacíamos alguna gracia y nuestra cabeza, cuando no pensaba en tetas, pensaba en hacer trastadas en clase. Hasta que nuestros pensamientos se enredaron y conseguimos que una profesora de grandes tetas y gran corazón, creyéndose amiga nuestra, saliera llorando de clase, avergonzada por un chiste en voz alta acerca de sus tetas que hizo Manolo Tie.

Se armó la de San Quintín y citaron una tarde a todos los padres. Esa tarde los profesores, como si fueran

domadores de circo, fueron cada uno contando la razón por la que a uno le faltaba una mano, a otro un brazo entero, o una pierna, y los culpables eran esos adolescentes, que en el fondo no eran más que unas fiercillas enjauladas que sacaban su instinto a pasear un rato cada día. El ambiente se fue encrespando y nosotros fuimos saliendo de la vera de nuestros padres y juntándonos cual manada que se protege de los ataques de los domadores, ahora convertidos en tigres, que atacan a una manada de tiernos becerritos.

Y un becerrito no se unió a la manada y decidió defenderse por sí mismo, sin ayuda de los demás e incluso a espaldas de los demás. De pronto interrumpió la pelea y dijo "Pero es que hay alumnos y alumnos", dejando claro que él no le había mordido a ningún domador, que sus padres no deberían estar ahí haciendo manada con los padres de los becerros inadaptados. Y entonces la manada se olvidó de los latigazos que recibía de los profesores domadores, o de lo sabroso que sabían las gamberradas en clase. A partir de ese momento Castillo dejó de ser el Castillo de los 11 años anteriores y pasó a ser un nuevo Castillo, el de "Hay alumnos y alumnos".

Unos meses después hicimos el viaje de fin de curso. Una semana entera contaminando Mallorca de hormonas. Cantando serenatas a todo aquello que pareciese mujer, consiguiendo algunos ese par de tetas soñadas, y alguno hasta alguna pieza de caza mayor. Y cuando llegábamos al hotel, ya amanecido, nos íbamos a la habitación de Castillo y al grito agudo de "Hay alumnos y alumnos" tirábamos su ropa por la ventana, le mojábamos la cama y le puteábamos un rato. A la tercera noche se negó a abrir, pero con los argumentos de "Castillo, que si no abres va a ser peor" o "Maño (su sufrido compañero de cuarto), abre tú o también te lo hacemos a ti" la puerta se abría y, ya más por obligación que por diversión, volvíamos a hacerle sufrir los mismos tormentos de la noche anterior. Durante el día Castillo desaparecía como si fuese un alumno invisible.

Al año siguiente, el último antes de la universidad, Castillo ya no estaba, se cambió de colegio y nadie supo más de él. Tiempo después alguien me dijo que se lo encontró en la facultad de Medicina.

Apendicitis. Eso me dijo Castillo que tenía. Y un brillo en su mirada cuando me lo dijo me recordó al destello de un escarpelo antes de ser asestado contra alguien. Contra mí. Sí, Castillo debía de estar disfrutando, debía estar pensando “Hay pacientes y pacientes”, “Hay pacientes que se mueren en el quirófano y pacientes que no”. Estaba aterrado. Castillo muy serio y la enfermera gorda, que antes pensaba era un ángel, ahora me parecía Hitchcock pasando fugazmente con el semblante serio y la papada en alto.

Seguro que Castillo me había reconocido, seguro que se había acordado de que le tiré la ropa por la ventana, de que le repetía en clase con voz aguda “Es que hay alumnos y alumnos”. Y no decía nada, hacía como que no se acordaba de mí, porque tramaba algo, porque había llegado el momento de su venganza.

Escribió algo en la carpeta, hizo una mala sonrisa y, llamándome por mi segundo apellido, no por el primero, sino por el segundo, que era el que usábamos en el colegio, dijo “Hay que operar inmediatamente”. Y se fue al grito de “Preparen el quirófano”. Le supliqué a Hitchcock que llamase a otro médico, que quería una segunda opinión, que no había que precipitarse, que ya no me dolía, que esperásemos un poco.

En ese momento entendí: lo único que podría salvar mi vida era darles lo que ellos querían, lo que ellos disfrutaban. Entonces, con grandes esfuerzos, me levanté, me quité los tubos y aparatos aprisionantes y les dije que hiciesen conmigo lo que quisiesen, que me humillasen cuanto quisieran, que me paseasen por el hospital con la batita enseñando el culo como si fuese un trofeo de Castillo, que podían mearme en la cama y que hasta dejaría que me pusiesen pañales, pero que por favor no me llevasen al quirófano. Hitchcock trajo a todo

el equipo de producción y entre todos consiguieron sujetarme. Vino Castillo y me asesinó.

Desperté y no estaba en el cielo sino en el infierno. Sí, el infierno no es una cueva llena de fuego que te quema, el infierno es un hospital blanco. Estaba tumbado en una cama, con el mismo batín y con Hitchcock de espaldas, el ángel caído. Y entró el demonio en persona, ahí, él sonriente, Castillo, diciendo que la operación había sido un éxito y que mi apéndice ya no me iba a molestar. Me daba igual, es lo mismo tener apéndice o no en el infierno. Cuando dije eso Castillo se rio y me dijo que el sentido del humor era un buen síntoma y que eso significaba que pronto me iba a dar de alta.

Cuando se me fueron los efectos de la anestesia sentí los puntos y me di cuenta de que había sido una alucinación, que Castillo no me había reconocido y que en cualquier caso él tendría más que olvidado el episodio de "Hay alumnos y alumnos".

Dos días más vino el doctor Castillo a ver como seguía, realmente interesado por mi estado, atento, educado y profesional. Al tercer día ya me sentía perfectamente, comía con apetito, se me había pasado el miedo por completo, y con el miedo había desaparecido también la sensación de humillación. Las enfermeras eran personas, sonreían y tenían otro color además del de su uniforme blanco. Habían pasado 30 años del episodio de nuestra adolescencia, que no sé por qué había regresado a mi mente en un momento de debilidad. Los rencores adolescentes no tenían cabida en dos personas adultas como nosotros.

Tan bien me encontraba que el día que vino el doctor Castillo a verme por última vez y darme el alta, le pregunté si era el Castillo que había estudiado en mi colegio y en ese momento se acordó de mí al grito de "Con razón me sonaba su nombre, bueno tu nombre, porque no nos vamos a llamar de usted si hemos pasado toda la infancia y adolescencia juntos". Y recordamos anécdotas, algunas de las cuales ya ni me acordaba, claro que siempre sin hablar del episodio en cuestión. Me

preguntó por algunos compañeros, le conté lo que sabía de ellos y al final se despidió con un afectuoso abrazo. Firmó el alta, me lo dio y salió de la habitación.

Cuando estaba casi saliendo, de espaldas a mí, le dije “Oye Castillo...”, y cambiando la voz al tono más agudo que pude, le dije: “Hay alumnos y alumnos”.

Él no dijo nada, no se volteó, solo paró un momento y siguió su paso, pero me pareció que con la cabeza un poco más agachada, como si llevase uno de esos batines que nos obligan a ponernos.

Acerca del autor

Miguel García de Antelo (Madrid 1965) es economista por la UCM (Universidad Complutense de Madrid) y MBA por la Universidad de Piura (Perú). Ejecutivo editorial en varios países latinoamericanos durante más de 19 años, hoy sigue trabajando en Santillana Latam.

Como responsable allí de sellos literarios como Alfaguara y Taurus conoció a muchos autores reconocidos, “oportunidad que desaprovechó sin el menor remordimiento” (que diría el protagonista, nunca el autor).

Pasolini: Pasión y muerte (o Pulsión y muerte)

Para situarnos en el tiempo que abarca la apasionada y controvertida vida de Pier Paolo Pasolini, nos retrotraemos a la Italia de Entreguerras: el 5 de marzo de 1922 fue su nacimiento (Santo Stefano, Bolonia) y el 2 de noviembre de 1975, la fecha de su oscura y brutal muerte, cuyo misterio, aún hoy, se cierra con un pacto secreto. ¿De quiénes?

“Yo sé, yo sé los nombres. Pero no puedo decirlo”. Esta frase, perteneciente a sus *Escritos corsarios*, nos lleva a preguntarnos: ¿qué denunciaría hoy Pasolini? Dramas políticos, está claro. Pero ¿con qué contenidos? ¿Qué denunciaría hoy con ese verbo duro e implacable por el cual era denostado tanto por la derecha como por la izquierda?

Muchos de los dramas que entonces él denunciaba están hoy aún vigentes: dramas políticos por el desprecio del capitalismo hacia la sacralidad de la justicia, y sociales por la irreverente capacidad del consumismo para tender trampas a una sociedad en la que la pobreza es indiferente y que intenta promover el consumo para sojuzgar a los estratos más necesitados.

Umberto Eco dijo de Pasolini que “la violencia positiva de su mensaje no estaba en los contenidos, sino en la mucha conciencia que era capaz de provocar” y en su oposicionismo permanente. Imprimió una marca indeleble en toda su obra, y en su palabra de poeta, denunciando el desastre.

Miguel Dalmau titula su libro *Pasolini: El último profeta* y hace una reseña de la heterodoxia pasoliniana,

que está por un comunismo que, pese a todo, no deja de transparentar su rebeldía. Su conciencia siempre se aferra a una valoración inquietante de los hechos, que la tornará siempre crítica, siempre analítica, atisbando un razonamiento que busca la verdad de las cosas, aun con la respuesta oprobiosa de izquierda y derecha.

Su marcha a Roma: la *borgata*

Ejerciendo la docencia en su tierra natal, Pasolini tuvo un incidente de orden sexual con jóvenes, lo que inevitablemente lo descalificó para seguir ejerciendo de maestro. Fue expulsado de la escuela y del Partido Comunista, por lo cual necesitó huir a Roma. Esto fue un hecho trascendental en su vida, porque es entonces cuando empieza a rebelarse, abriéndose al mundo ético y estético en el que se siente reconocido.

La poesía ya era un refugio para él desde niño, componía en lengua friulana, y cuando pisa las calles romanas se encuentra con un dialecto que debe aprender para poder comunicarse con la marginalidad de los jóvenes de la *borgata*. Los "chavales del arroyo", como él los llama en su libro, donde describe en una extraordinaria crónica la vida sin salida de estos jóvenes de las periferias marginales. Esta obra fue su primer libro *Chavales del arroyo (Ragazzi di vita)* escrito en 1955.

Roma es un gran refugio para Pasolini, pero no para esconderse, sino un refugio que lo abre a un estrato social que le brindará una vivaz mirada con la cual imprime, en su retina y en su corazón, un mundo nuevo. Su estrecho margen económico lo enfrenta con la escasez de dinero. Aunque en Casarsa su vida no era propiamente abundante, sí era discretamente cómoda.

Pasolini parte hacia Roma y comienza a desplegar frentes más duros y polémicos, donde se agitan ideas estéticas y políticas. El mundo se abre ante él, pero no sin duras manifestaciones adversas. Su trabajo despierta reacciones que no dejan de pronunciarse en el ámbito estético, en lo social, y también en lo político,

literario y cinematográfico. Su figura pública es netamente polémica: no cierra ningún frente. No hay piedad.

La Democracia Cristiana decreta una batalla que revela su animadversión hacia Pasolini, quien representa, según ellos, la manifestación de los 7 pecados capitales.

Pero tales enemigos comparten adversario, que también señala a Pasolini con ferocidad: la izquierda reacciona con animadversión ante este fenómeno artístico y político que no generaba propiamente simpatías.

Películas

Ni *Accattone* ni *Pajaritos y pajarracos*, merecieron tanta inquina e ignorancia, pero su carácter provocador, aparentemente inocente, evidenciaba una carga importante de malicia.

Hemos citado dos películas importantes de su filmografía. Mencionaremos sus títulos de manera informativa y secuencial para luego reseñar brevemente otras:

- 1961: *Accattone*
- 1962: *Mamma Roma*
- 1963: *La ricotta* (corto)
- 1963: *Rogopag*
- 1964: *El Evangelio según Mateo*
- 1964: *Comizi d'amore*
- 1966: *Las brujas* (guion)
- 1966: *Pajaritos y pajarracos*
- 1967: *Edipo Rey*
- 1968: *Teorema*
- 1969: *Medea*
- 1970: *Ostia* (guion)
- 1971: *Decamerón*
- 1973: *Los cuentos de Canterbury*
- 1974: *Las mil y una noches*
- 1975: *Saló o los 120 días de Sodoma*

No pretendemos hacer aquí un comentario particularizado de cada película, pero sí señalar el descubrimiento que fue para él el ambiente del subproletariado de esa Roma de parias.

Su primer film, *Accattone*, que hubiera permanecido encubierto por mucho tiempo si él no lo hubiese rescatado de la oscuridad y el anonimato, refleja ese lado controvertido que él mismo buscaba encontrar, comprender y mirar como un espejo de su propio ser, para de alguna manera reconocerse en esos "ragazzi di vita" (chavales del arroyo), buscando su propia redención. El mundo de la *borgata*, el dialecto, la vida del subproletariado urbano de la Roma de los años 50 significan para él algo que lo maravillaba y lo horrorizaba a la vez.

Pasolini era un hombre de inmenso talento que abordaba diversos mundos con sus obras. Era comunista "por instinto de conservación", como dice en *La religión de mi tiempo*. Define el comunismo como "un movimiento del que dependen vida y muerte... por los siglos de los siglos". Más adelante agrega: "Todo falso sentimiento produce la certeza aguda de tenerlo". La frase evoca su grado de contradicción, como diciendo: "Soy comunista hasta la muerte, pero ni yo mismo me lo creo".

Este comunista que se expresa como un ultra, un ortodoxo, no se deja atrapar por la sedición de quienes se ofrecen para ceñirse en formas definitivas. Era un espíritu libre, un apasionado, un moralista. Para él, el Comunismo era un arma de futuro que servirá para explicar el mundo.

¡Pobre corazón atrapado en el desgarrar porque no puede asir la verdad, ni sostenerla demasiado tiempo, sin ir en contra de ella!

Demasiada libertad sexual os convertirá en terroristas

El 16 de julio de 1972 aparece en la importante revista *Tempo* un artículo suyo, cuyo título ya nos advierte de la inquietud, casi inquisitorial, que Pasolini plantea en su oposición a la libertad sexual, la cual estaba cambiando radicalmente entre los jóvenes.

Siglos de lucha y represión de la sexualidad, y Pasolini no se arredra en levantar una bandera. Toda una

generación quedó impactada por su artículo titulado *Demasiada libertad sexual os convertirá en terroristas*. Una frase impactante pero también engañosa para quien la lee sin preguntarse por qué Pasolini escribió eso. Evidentemente, una mente como la suya no haría esas afirmaciones sin tener profundos argumentos.

Pasolini arremete no solo contra la libertad sexual, sino también contra el poder provocador que tienen las adolescentes frente a los grupos de adolescentes varones. Los jóvenes comienzan a padecer formas de neurosis de tipo burgués, y esto afecta tanto a los varones como a las mujeres.

“Esta repentina permisividad sexual, que conlleva algunas consecuencias lógicas y justas como, por ejemplo, la desaparición de la prostitución de bajo nivel... también trae consecuencias inesperadamente negativas, entre ellas el conformismo sexual”, afirmaba Pasolini. Este conformismo, basado en la excesiva tolerancia, revela el complejísimo conflicto que él sufría al intentar explicar y explicarse la libertad sexual. Sus formas expresivas buscaban la certeza, sabiendo que no podía encontrarse sin contradecirse, y el temor ante la verdad exigía un temple de hierro para ser sostenida.

Evidentemente, Pasolini contradecía las tesis fundamentales del psicoanálisis, que afirman que una sexualidad en plenitud daría más fuerza a la vida. El artículo antes mencionado, en su fundamentación, falla muchas veces y se quiebra ante la realidad.

Pasolini sabía de la finitud de las ideas, pero no por eso destruía sus idearios poéticos. “Siempre supone un riesgo confundir al sujeto poético con la peripecia personal del poeta”, dice Dalmau. Pero toda la poesía de Pasolini es autobiográfica. Sus notas de prensa, sus libros, sus películas, su teatro: todo tiene ese tono personal que inunda su creatividad y no le da sosiego.

Por ello, Pasolini “tenía conciencia de ser un sujeto condenado a cadena perpetua”. Esto, que parece una maldición, no es tal. Todos sabemos que estamos condenados, pero su conciencia y lucidez son desgarradoras.

Pasolini vivía enardecido por una sensibilidad desmedida, que le otorgaba un poder anticipatorio frente al dolor y la muerte, a su propia muerte. Pero nunca tuvo el sadismo despiadado con que lo persiguieron sus contrarios. También es cierto que cualquiera que examine la historia de su muerte notará que fue una muerte perseguida con un afán exculpatorio.

Debemos hacer un abordaje necesario para comprender a Pasolini y su obra. Su inmenso talento reunía universos dispares. Era un joven apasionado con una sexualidad confusa, a la que buscaba, temía y de la que se avergonzaba. Le resultaba imposible de sobrellevar sin la ansiedad que lo enardecía y lo desestimaba al mismo tiempo.

Quiso registrar, con observaciones incisivas, en su película *Comizi d'amore* (1964, Encuesta sobre el amor) una crítica lúcida sobre la sexualidad italiana. En este interrogatorio, los entrevistados son tratados con una dulzura exquisita, pero a través de sus espontáneas respuestas emergen los lazos ocultos que gobiernan la sexualidad, apareciendo con una claridad meridiana.

Pasolini fue también un gran periodista, y con el anterior documental buscaba desentrañar las opiniones de los italianos sobre la sexualidad, y así comprobar cómo había cambiado el sentido del amor y las "buenas costumbres". En este retrato de la sexualidad italiana no hay un ideario muy distinto entre el norte y el sur: en el norte, las respuestas son más fluidas y desenvueltas, mientras que en el sur se evidencia una rigidez ancestral propia de la región meridional.

Pasolini no olvidaba el interés que lo empujaba a realizar estas entrevistas, no solo a personas desconocidas, sino también a amigos escritores, poetas y periodistas, entre ellos Alberto Moravia, Giuseppe Ungaretti y Oriana Fallaci. La impresión que se recoge de esta extraordinaria encuesta fílmica es una gran y profusa ignorancia, incluso en los estratos más cultos, donde se evidencia la vergüenza y el recelo de expresar sinceramente, sin pudores, el tema de la sexualidad.

Una cristiana pasión

Sabemos que Pasolini era comunista desde su juventud, y eso, en principio, le aportó una virtud política: un espíritu crítico radical y el odio a lo burgués, que se desplegaba en un capitalismo salvaje. Para él, el consumo era “un puro y simple cataclismo antropológico”.

Sabemos también que su autoexigencia necesitaba un temple de hierro, algo que se evidencia dramática y bellamente en *El Evangelio según Mateo*. Es en esta obra de arte donde muestra una cristiana pasión. No se ha visto ni leído en él un amor tan vibrante, expresado hasta con la rabia, como cuando Cristo expulsa a los mercaderes del templo.

Era una fuerza sostenida por una voz que no se arredra ante la anunciada desdicha: un Cristo sufriendo el vértigo de un amor dramático, sostenido por una ética insobornable.

La Pasión según Mateo que nos ofrece en esta obra despierta admiración y empatía, pero lo que predomina es el odio y la crítica. “Nadie es indiferente”, dice Dalmau, “y Pasolini navega entre dos aguas: el plano laico y racional, y el plano místico y religioso”.

En el Festival de Venecia de 1964, Pasolini presentó *El Evangelio según Mateo*, y se le vaticinaba como ganador de este importante festival cinematográfico. Pero la izquierda votó en su contra. Tan cuestionado estaba, que se prefirió votar a Antonioni con *El desierto rojo*, proclamándolo así ganador. Toda esta reacción adversa ya estaba preparada de antemano.

Pasolini no oculta su rabia y decepción, y escribe al periódico L'Unità. Tiene clara conciencia de lo que determina esa reacción, y con un racionalismo que nunca lo engaña, sabe que esa antipatía y rechazo vienen fundamentalmente de la izquierda. Aun así, es ovacionado cuando presenta en el festival su obra, porque su talento y su osadía le aseguran un público fiel.

No se realiza una obra de arte magnífica, como este canto a la espiritualidad, sin estar poseído por el sentido de lo sagrado.

La confrontación es incapaz de ver, o sospechar, que el Vaticano iba a declarar el film impregnado de espiritualidad, que es lo que define esta grandiosa obra. El Partido Comunista se enfrenta en una discusión llena de dudas sobre Pasolini, y la violencia de la crítica es feroz.

Debemos valorar también el importantísimo papel que jugó Juan XXIII en esta disputa, inclinándose hacia un progresismo que se evidenciaba al afirmar que la Iglesia era la Iglesia de los pobres. Ni la izquierda ni la derecha olvidaron rechazar a ese Cristo cuya rebeldía lo llevó a la cruz.

Un gran provocador

Al penetrar en el universo pasoliniano, nos encontramos ante un universo literario, cinematográfico, poético, político, teatral, religioso y hasta sexual. Este encuentro con su mundo resulta un abordaje difícil; se entrecruzan la realidad y su visión cósmica.

Pasolini es un gran provocador; no esconde nada. “Soy un hombre libre! Ingenuo alimento de la libertad es el llanto, así que lloraré. Es el precio por legitimar mi deseo...”.

Esa propensión al doloroso desparpajo, esa contenida dulzura al hablar nos presenta una clarividencia que encierra tanta verdad que lo quemara.

Hemos tratado ahora algunos temas del vasto universo pasoliniano. Quedan por revisar su poesía, la relación con su madre — pilar fundamental de su vida — y la sexualidad, razón de su vida y de su muerte. Quedan ahí y esperan.

Acerca del autor

Marta Virginia Torezan (Córdoba, Argentina, 1947) se trasladó a Madrid en 1977, donde encontró la estabilidad que buscaba. Licenciada en Filosofía, más tarde se especializó en Psicoanálisis, profundizando en el estudio de la anorexia y la bulimia, temas sobre los que escribió su tesis doctoral.

Su pasión por el cine, especialmente el neorrealismo italiano y por Pasolini, ha seguido acompañándola a lo largo de su vida.

POESÍAS

MADRE, ARRÚLLAME

Madre, arrúllame en tu regazo
Devuélveme la fuerza de la vida
Tú que eres símbolo de bondad
Ruega por este mundo enloquecido
Aleja truenos y violencia
Ofrece incienso y sonrisas
Acógeme entre tus brazos
Despierta de nuevo mi inocencia
Tú sola conoces el dolor que mata
Tú sola sabes el diálogo que vence
Tú sola amas al otro como a ti misma
Tú sola ofreces la otra mejilla
Tú sola arrullas a niños y débiles
Tú sola acaricias una flor
Tú sola sabes devolver el amor.

MADRE CULLAMI

Madre cullami nel tuo grembo
Ridonami la forza della vita
Tu che sei simbolo di bontà
Prega per questo folle mondo
Allontana tuoni e violenze
Elargisci incenso e sorrisi
Accoglimi tra le tue braccia
Risveglia la mia innocenza

Tu sola sai che il dolore uccide
Tu sola sai che il dialogo vince
Tu sola ami l'altro come te stessa
Tu sola porgi l'altra guancia
Tu sola culli bimbi e deboli
Tu sola accarezzi un fiore
Tu sola sai ridare l'amore.

EL MUNDO VA

El mundo va como va
Nos toca a nosotros hacerlo andar
Regresemos a nuestras raíces
Vivamos cerca del hombre
Reencontremos el idioma original
Sembremos el trigo del corazón
Extirpemos toda la grama
Acojamos a los migrantes entre nosotros
Ofrezcamos de beber y vivir
Es inútil llorar sobre las guerras
Las guerras van cerradas a la raíz
Echemos a los egoístas y tiranos
El mundo es de todos en la tierra
Se derrumba porque lo hacen derrumbar
Hagamos hablar a los poetas
Con su lenguaje de regocijo
Con su luz contra la oscuridad
Con su andar de petirrojo
La poesía luz al mundo dará
El dolor se convertirá en gozo.

IL MONDO VA

Va il mondo va come va
Spetta a noi farlo andare
Torniamo alle nostre radici
Viviamo accanto all'uomo
Ritroviamo la lingua d'origine
Seminiamo il grano del cuore
Estirpiamo tutte le gramigne
Accogliamo i migranti tra noi
Offriamo da dissetare e vivere
È inutile piangere sulle guerre
Le guerre vanno a monte chiuse
Cacciamo egoisti e tiranni
Il mondo è di tutti sulla terra

Crolla perché lo fanno crollare
Facciamo parlare i poeti
Con la loro lingua di gioia
Con la loro luce contro il buio
Con il loro passo di pettirossi
La poesia luce al mondo darà
Il dolore gaudio diventerà.

Acerca del autor

Giovanni Dotoli (1942, Volturino, Italia) es un destacado académico y poeta bilingüe –italiano y francés–, con más de mil publicaciones y numerosos reconocimientos internacionales. Profesor emérito de Literatura Francesa, actualmente enseña Francofonía en La Sorbona.

Ha recibido prestigiosas distinciones, entre ellas la Legión de Honor Francesa. Su obra poética ha sido traducida a varios idiomas y celebrada en congresos internacionales.

ESENCIA

Días de lluvia, pronto escampa
noches de sueños, luces apagadas.
Melodías de viento
contra mi ventana,
susurros confidentes
con la almohada.
Espacios abiertos
locura encerrada,
mil versos recitados
nacidos del alma.
Temblores que recorren
el cuerpo sin calma,
gritos en silencio
llorar sin lágrimas.
Decepciones que rebosan
el vaso de la esperanza.
Sonrisas que son huellas,
que al camino marcan.
Faros que dan luz
y guían la marcha,
hacia nuestro destino,
hacia nuestra morada
donde reside la esencia,
esa, que nunca te falla.

Acerca del autor

Óscar de la Fuente Ordoñez (Madrid, 1981) creció entre libros, literalmente, gracias a la distribuidora familiar. Comercial de profesión, encontró en la escritura una forma de liberación y autoaprendizaje.

Para Óscar, cada historia es una lección compartida, y escribir es una terapia que conecta con el alma y nos ayuda a crecer como individuos.

EL OTOÑO

I

En el romántico otoño
se visten los campos,
los pueblos,
las ciudades, los parques...
de hojas, pequeñas y grandes
con suave murmullo
caen de los árboles
haciendo dibujos
a los pies del caminante.

II

Los colores se alborotan
porque quieren salir al paso
para sorprender al paisaje
con su mantón marrón
ocre y amarillo
que de día es hermoso
y de noche, arropa al grillo,
pues, silencioso y dormido
no se despierta hasta abril
siendo allá por entonces
cuando le toca salir.

III

Las castañas asadas
desprenden un olor glorioso
en un atardecer ventoso
calentando las manos
de unos pocos,
que, en compañía
de alguna lluvia fría
conversan de sus antojos.

IV

La vid da sus frutos
la granada
enseña sus perlas y

mientras la manzana
va de reina, la seta,
muy coqueta, desea
lucirse ante ella.

V

Entre tanto, en el horizonte,
la luz se hace más tenue
y un cielo anaranjado
adorna la tierra,
ella, girando ante nosotros,
nos muestra la belleza
de esta estación predilecta
de los amantes, que,
de la mano van
en busca de sus huellas
olvidadas, paseando
por la playa, en la arena.

Acerca del autor

María José Díaz Garrido (Cuenca, 1967) es diplomada en Educación Infantil por la Universidad Complutense de Madrid. Durante 20 años dirigió su propia escuela infantil, donde cultivó su amor por la literatura para los más pequeños.

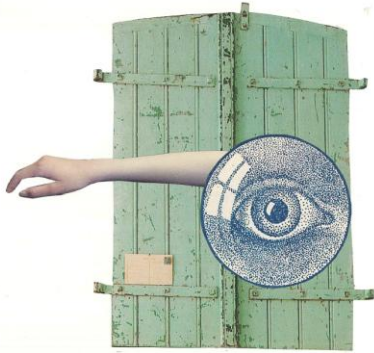
Actualmente se dedica a escribir poemas y cuentos infantiles, con su primer libro, *Cuentos que te cuento*, publicado por la editorial Gunis.

COLLAGE POÉTICO DE COLLAGES

Me defino como observadora ambulante de la vida
Defiendo el trabajo artesano de "Cortar y pegar"
Sí quiero, pero no puedo / Lo siento no eres tú, soy yo
Coleccionista de imágenes, mundos mínimos y
singulares
Personajes, objetos y paisajes son fragmentados
Para posteriormente recomponerse en asociaciones
inesperadas
Combinaciones armoniosas, poemas visuales
Cargados de ironía o crítica
Mezcla original de fantasía y transgresión
Invito al espectador a participar en una suerte de
juego
Descubrimiento de una realidad intervenida.



Sí quiero, pero no puedo (2006)



Lo siento no eres tú, soy yo (2010)

Acerca del autor

Carmen Gugalun (Madrid, 1964) se declara collagista y se define como poeta visual. Autora de portadas de libros y discos, ha participado a lo largo de 30 años en varias revistas de arte y exposiciones colectivas, y muchas de sus obras “viven en Países Bajos”.

Profesional de la comunicación y organización de eventos, se considera una aprendiz de filosofía y una eterna lectora, especialmente de poesía y ensayo. En sus obras se vislumbra un profundo conocimiento del alma humana.

Un padre transgresor

Obra de teatro en cuatro actos

Personajes:

Ernesto, el padre

Carlota, la hija

Dorita, la novia del padre

Exnovio de la hija, desconocemos su nombre

ESCENA I

La escena se desarrolla en un apartamento. Espacios diáfanos, cocina americana. El padre, unos cincuenta años, trabaja en una mesa de metacrilato. El padre es un escritor sin éxito (hasta la fecha no ha publicado ningún libro); también es un empresario de escasa fortuna (hasta la fecha no ha conseguido poner en marcha ningún negocio rentable). Pero lo intenta, no desfallece. Anda siempre maquinando cómo triunfar.

Su hija, diecisiete años, entra por la puerta moquiteando y con cara de pocos amigos. La cría va vestida con falda escocesa y calcetines altos. Se peina con cola de caballo. Entra en la casa sollozando; está desorientada y algo demacrada.

Su padre, al verla, se asusta. No sabe ni adivina qué ocurre.

La hija arroja sobre la mesa los apuntes escolares y suelta un "hola" con desgana.

—Pero bueno, ¿qué te pasa?

—Que me ha dejado mi novio, papi, eso pasa.

— Pero... ¿qué novio?

— Pues mi novio, el amor de mi vida, llevábamos tres semanas juntos, que no te enteras de nada, y encima el muy cobarde me lo dice por el móvil, papá, que no sé qué he hecho mal.

La cría llora desconsoladamente.

— Pero ¿tienes novio? — el padre, efectivamente, no se entera de nada.

— Tenía, papá, tenía... No me lo recuerdes... Y además es que estábamos bien... Era tan guapo... No sé qué voy a hacer sin él.

La hija se dirige hacia su habitación. El padre la sigue.

— ¡No, papá, vete! ¡No voy a salir de mi cuarto en toda mi vida! — continúa envuelta en una tremenda llantina.

El padre, desorientado, acaricia el escaso pelo que le queda. Se acerca lentamente hacia su hija, quien aún no ha traspasado la puerta de su cuarto.

De repente, al padre, se le enciende la bombilla.

— ¡Ya lo tengo! ... — exclama triunfante.

— ¿Qué tienes?

— La solución.

— ¿Cuál es?

— Una pizza de Casa Tarradellas. Con el estómago lleno te sentirás mejor.

La hija se da la vuelta. Deja de hipar.

— Bueno — admite complacida—. No es la solución, pero tengo hambre.

El padre, sonriente, mira a la niña de sus ojos.

— Qué camiseta más chula llevas.

— ¡Claro, papá, me la regaló él! — articula la frase con voz entrecortada.

— No tardo nada — proclama el padre. Se dirige hacia la cocina mientras canturrea una canción de Machín; enciende el horno e introduce la pizza—. ¿Tú has leído a Stendhal?

— No, papá, no sé quién es ese señor.

— Pues deberías leerle. En Stendhal está la respuesta a lo que ahora tanto de aflige.

La hija, perdida la mirada, sigue abstraída en sus negros pensamientos. Lentamente camina hacia donde se encuentra el padre.

—Papá, por favor, libros de autoayuda no. Odio esos recetarios.

—Carlota, amor, no es un libro de autoayuda, ¡es Stendhal! — abre la trampilla del horno para comprobar la temperatura.

—No lo has precalentado. Va a tardar un cojón en hacerse.

—¡Carlota, te llevo a un colegio de pago como para que hables así!

—No te confundas. La decisión de llevarme a un colegio de pago fue de mamá; si llega a ser por ti, hubiese acabado en una inclusa.

—Qué desagradecida eres —cierra la trampilla—. ¿Lo subo a 250 grados?

—¿Pizza torrefacta? Podemos probar, a ver a qué sabe. El padre se pone en jarras.

—Si no te gusta lo que hago, ponte el delantal y la haces tú. Destruir es muy fácil; lo complicado es construir. Ahí te quisiera ver.

La hija sonrío. Es la primera vez que la vemos sonrío.

—A lo que vamos: ¿sabes lo que dice Stendhal en su famosísima teoría de la cristalización?

La hija le mira resignada.

—Qué es lo que dice —resopla.

—No quiero ser un aguafiestas, pero lo que dice es desolador... Dice que el amor es un espejismo, una enajenación mental, una fabulación del entendimiento. ¿Y sabes cómo remata? Remata asegurando que el amor es una pasajera estupidez.

—El que es estúpido es él. Y qué desgraciado. ¿Nunca se enamoró?

—Supongo que sí, de ahí su famoso teoría. Stendhal viene a decir que la persona que ama, tú en este caso, deposita en el objeto amado virtudes, fortalezas y donaires que no existen. Esas virtudes se cristalizan en tu coco — se da unos cuantos golpecitos en su ídem —. Lo

tuyo, en definitiva, es una empanada mental de frágiles cristalititos.

— ¡Papá!

— Pero se pasa, hija, se pasa. No hay que angustiarse. Ningún ser humano merece una devoción incondicional.

La hija le mira con lejanía y resquemor, un resquemor teñido de rabia.

— ¡Cómo se nota que nunca has estado enamorado!, ¡cómo se nota que no has sabido amar...! Qué razón tenía mamá: “Tu padre solo sabe quererse a sí mismo”.

— Que no, que no, ahora no estoy hablando de mí. Estoy hablando del amor y de Stendhal. Y Stendhal, que era un sabio, asegura que en el amor todo son figuras. No hay ninguna base real que lo sujete. ¿Por qué las parejas duran tan poco tiempo? Porque los cristalititos de la fiesta se terminan disolviendo en la rutina.

— Pues menos tú y ese menda, todos creemos que el amor es lo más importante de la vida. Sin amor, papá, estás muerto.

— La palabra 'amor' es preciosa, no lo niego, pero es solo una palabra, una coartada del lenguaje. Tú dices 'amor', pero quien habla es tu aparato reproductor. “Estoy enamorada”. ¡Qué va! Es tu aparato reproductor quien lo dictamina y te lo susurra al oído.

— A mí no me mueve ningún afán reproductor. ¡Tengo diecisiete años!

— El amor es una trampa de la naturaleza; lo único que persigue la naturaleza es la perpetuación de la especie. Copulas y después de la cópula ¿qué sientes? Sientes como un vacío existencial, un vacío estructural, un vacío universal, un vacío cósmico.

— ¿Eso es lo que tú sientes?... Pues qué pena das.

El padre sonríe indulgente.

— ¿Dónde se va el amor después del apareamiento? Se va de paseo hasta que entran otra vez las ganas... Que si un cine, que si un restaurante, una exposición, un viaje, todo por hacer tiempo.

— Apareamiento... ¿A quién tengo por padre, a un ser humano o a un orangután?

— A un orangután..., quizá domesticado. Más o menos domesticado.

El padre abre de nuevo la trampilla del horno. Pincha con el tenedor. La nota cruda.

— No sé cómo mamá aguantó dos años de matrimonio. Yo hubiese salido corriendo a los dos días.

— Ya se lo advertí a tu madre, mira que se lo advertí. “No he nacido para estar casado”, pero ella se empeñó: “Conmigo vas a cambiar”. ¿Y he cambiado?, ¿he cambiado en algo?

— ¡Te detesto, eres un cínico!

— Soy una persona lúcida y esa lucidez, hija, me hace desgraciado.

— El problema no es que seas desgraciado tú, es que haces desgraciados a los que te rodean.

— Es posible — admite con gesto circunspecto, aunque enseguida se le pasa —. Agarra un tenedor de trinchar asados y lo coloca al lado del horno. También coge un plato y la paleta de servir.

— Acepto que en la cocina tenemos las mismas aptitudes los hombres y las mujeres, pero no me negarás que limpiar, lo que se dice limpiar a fondo, las mujeres sois imbatibles.

— Limpiamos exactamente igual, en lo que diferimos es a la hora de ensuciar; te aseguro que vosotros ensuciáis y enredáis mucho más que nosotras.

— Los rinconcitos, hija, las esquinitas, los ángulos muertos, esas diminutas excrecencias las veis mucho mejor las mujeres.

— Si te hubieran dado una escoba y una bayeta cuando tenías quince años verías muy bien la porquería... Lo que pasa es que la abuela Mari tenía a la chacha Rita y la chacha Rita iba detrás de ti, por eso no veías una mota de polvo.

— ¡No! ¡No es eso! Es cuestión de visión espacial. Nosotros estamos más dotados para la visión espacial, para la perspectiva caballera, mientras que vosotras os fijáis más en las puñetitas.

La hija dibuja una sonrisa de mosqueo.

— Vuela alto, vuela alto, ¿no?... Mamá preocupada de los biberones, las papillas, las vacunas, el colegio, las notas y tú volando por las nubes. ¿Para qué preocuparse de tantas insignificancias?... ¿Me equivoco?

— ¿No he sido un buen padre? — le muda la voz.

— No.

El señor de la casa abre de nuevo la trampa del horno, coge un guante de plástico *ad hoc* y agarra la bandeja donde descansa la pizza. La apoya en la encimera.

— No huele mal — dice con gesto esperanzador.

La hija se santigua y roza la pizza con los nudillos.

— Una masa blandiblú — ironiza —. ¿La llevo a la mesa?

Antes de hacerlo se acerca al padre y le da un cariñoso beso en la mejilla.

— A ratos eres divertido.

— Algo es algo — se resigna cogiéndola de los hombros —. ¿Qué vas a beber?

— CocaCola.

El padre abre la nevera, coge una cocaCola y una cerveza. Los dos se dirigen hasta la mesa del pequeño comedor.

— Bueno, háblame de tu ex.

— ¿Qué ex?

— El chico que te acaba de dejar.

— Papá, por favor, no hables con la boca llena; se te ve hasta la muela del juicio.

— No me queda ninguna muela del juicio — bebe un trago de cerveza y hace buches y gárgaras.

— ¡Por Dios, no seas guarro!

— Es para limpiarme las muelas, que las veas limpias... Bueno, a lo que estamos. ¿A que tu ex es joven y tiene una complexión fuerte?

— ¡Claro que es joven, no va a ser como tú!

— Gracias por el piropo.

— Además come con la boca cerrada.

— Ves, se cumplen las teorías de Stendhal: joven, bien parecido, complexión atlética, come con la boca cerrada...

Un muchacho apto para la reproducción. ¡Pero como él hay mil! ¡Qué digo mil, hay mil millones!

— ¿A dónde quieres llegar?

— Que a rey muerto, rey puesto. Lo que tienes que hacer, hija, es vivir experiencias volátiles. Ya encontrarás, cuando tengas treinta años, a otro a quien puedas depositar perfecciones, virtudes y donaires que solo existen en tu imaginación.

La hija observa al padre como si fuese un marciano.

— Te diré más — añade el marciano —: ahora lo tenéis chupado.

— ¿Chupado? ¿En qué?

— Sí, chupado. En mi época no existía el *meeting*, el *rolling*, el *contacting* ni todos esos atajos de los tiempos modernos. En mi época existían el bar de la facultad y los guateques. Poco más.

— Te veo muy puesto en redes sociales.

— No, hija, yo pertenezco a la generación de los que ligábamos mirándonos a los ojos. Yo no sé ligar con emoticones.

— Lo deberías probar — sonrío la hija —. Tiene su punto.

— Sí, su punto filipino... Hija, lo que tienes que hacer a partir de ahora es centrarte, porque como dice Stendhal, con toda razón, uno no se casa cuando le llega el amor, se casa cuando le llega la edad... ¿Tú te quieres casar?

— Sí.

— ¿Y quieres tener hijos?

— Tres.

El padre pone cara de extrañeza.

— ¿Tres? ¿Por qué tres y no dos?... ¿O cuatro?

— No. Tres.

— Bien. Si te quieres casar y tener tres hijos, debes esperar.

— ¿A qué?

— A que te llegue la edad. Hasta entonces debes conocer a unos cuantos hombres para luego afinar el disparo. Ya has conocido a uno, que pase el siguiente.

— ¡¿Ese es el consejo razonable de un padre?!, ¡¿eso es lo que quieres para tu hija, que sea una puta?!

— Lo único que deseo es que seas feliz — el padre se pone serio —. Qué lástima que no tengas por un momento mis años; verías con claridad que lo más importante a tu edad es quererte a ti misma. Si te quieres, si te valoras, ya aparecerá alguien que esté a tu altura. Si no te valoras, si ñoñneas, el mundo te comerá a dentelladas. A lo mejor es injusto, pero es así.

El padre clava sus ojos en los de la hija. Añade:

— El último as de la manga lo tienes que tener tú. Ni amigas, ni familia, ni novios. Tú.

— A mi edad eras así de listo — contraataca la hija al tiempo que mordisquea la pizza.

— Evidentemente, no. Conozco la teoría desde que leí a Stendhal; ya sé que la práctica es más complicada. En estos años he aprendido algunas cuestiones fundamentales. Por ejemplo, que los grupos, las pandillas, a tu edad, tiran de la manta hacia abajo. Siempre habrá alguien que te ofrezca una raya de coca, pero nadie te ayudará a ser Leonardo da Vinci. A los grupos les ofende que haya alguien que se desmarque y vaya a su bola. La envidia, siempre agazapada, tiene muchas patas.

— ¿De joven ibas a tu bola?

— No, era débil y necesitaba la aprobación de los demás. Fue a partir de los veinticinco años, más o menos, cuando empecé a aprender.

— ¿Cómo aprendiste?

— A base de hostias.

El padre se arrepiente del exabrupto e intenta rectificar.

— Sí, Carlota, a base de palos y de vacunas... La vacuna del amor, la vacuna de la amistad, la vacuna de las relaciones laborales, la vacuna de los viajes a lugares exóticos. Lo importante, como en la viruela, es quedar bien vacunado.

Alza un dedo al aire y enarca las cejas.

— Ahora que lo pienso me queda una vacuna.

— ¿Cuál?

— La de sortear a la muerte, pero me parece que todavía no se ha inventado.

— ¿No crees en nada? — pregunta la hija con tristeza. El padre la mira; al padre le brillan repentinamente los ojos.

— Creo en algunas cosas. Por ejemplo, en ti. ¿Te parece poco? Tú y tu hermano sois las dos únicas personas que me habéis hecho rozar la felicidad.

— ¿Por qué solo nosotros dos?

— Supongo que es culpa mía. Complejos, miedos, rencores, inseguridades, frustraciones... Habría que preguntárselo a Freud.

— ¿Quién es Freud?

— De la pandilla de Stendhal... Oye, has dicho que te quieres casar. ¿Va a ser una boda normal o una boda palaciega? Te lo digo por ir ahorrando.

— ¿A qué llamas boda palaciega?

— Te cuento: se va a casar la hija de un amigo; vino el otro día a decírmelo y estaba horrorizado.

— ¿Por qué?

— Que por qué — el padre se dirige a su mesa de trabajo, coge una libreta y la abre.

— Apunté, por curiosidad, todo lo que necesita la hija, una logística que ni en el desembarco de Normandía.

— No será para tanto.

— Te leo y juzga por ti misma

El padre se pone las gafas.

— Lo van a celebrar en una finca que se llama El Ciervo, no sé si en alusión a los futuros cuernos que se van a poner

— ¡Papá!, ¿por qué eres tan negativo?

— Primera parte: aperitivo rodante, para ello contratan una *foodtruck*, que no sé lo que es, pero en inglés suena bien, más los camareros que lo van a servir, todo amenizado con un grupo de salsa que, por lo visto, son amigos del novio. No sé si les pagarán algo, pero, comer, seguro que comen... Sigo: jamón ibérico de bellota

con cortadores profesionales extremeños, *beauty corner*, que tampoco sé lo que es, payasito multiétnico para amenizar las mesas.

El padre, llegado a este punto, retira las gafas de sus ojos.

— Payasito multiétnico... ¿Me quieres decir qué es un payasito multiétnico?

— Ni idea, papá. Te prometo que es la primera vez que lo oigo.

El padre se vuelve a poner las gafas.

— Titiriteros subidos en un templete, un dron para grabar escenas, baños portátiles para el pis y el *pos*, buses para los invitados, discoteca con *candy bar*, *disc jockey* asesorado por la inteligencia artificial y bebidas de diseño... Yo hice la mili, hija, y te juro por Dios que en las maniobras de Chinchilla movimos mucho menos.

— Ahora las bodas son así.

— ¡¿Todas?!... ¿La tuya también va a ser así?

— Bueno, ya veremos. No te asustes.

— Y queda la segunda parte, lo más gordo, el menú, que la gente quiere un menú de tres platos y la tarta, que no lo perdonan aunque estén a punto de reventar... ¡Ah, y la despedida de solteros! Ahí mi amigo se plantó. Le dice la hija que quiere alquilar un yate en Menorca para ella y los amigos. El padre le dijo: perfecto, siempre que el yate lo pagues tú. O bien que lo paguen tus amigos.

— ¿Te van a invitar?

— Ojalá que no. Si en las películas y en las novelas me pierdo si aparece mucha gente, imagínate en esta boda.

— ¿Y si te invitan?

El padre adivina a la hija.

— ¿Te apetecería venir?

— Me apunto de cabeza.

— Te lo he leído en la mirada... A lo mejor conoces a alguien interesante.

— No, papá, no tengo ganas de conocer a nadie... Bueno, cuéntame ese negocio que te traes entre manos.

— Recogemos este descontrol de mesa y te lo cuento.

BAJA EL TELÓN.

Suenan los primeros compases de la canción Quince años tiene mi amor, del Dúo Dinámico.

(CONTINUARÁ)

Acerca del autor

Tomás García Yebra (Madrid, 1956) es periodista, licenciado en Historia del Arte y autor de diversas novelas y ensayos, como *El infierno son los otros* y *Desmontando a Cela*.

Dirige la librería-museo Historia Secreta de Las Navas del Marqués, donde ha dedicado varios libros a este pueblo. También imparte talleres de escritura creativa en Madrid y ha firmado libros de viajes bajo el seudónimo Percy Hopewell.

Mr. Brightside

Ninguna luz iluminaba ya las calles aquella noche de otoño cuando me negué a asumir que era hora de volver a casa. Había disfrutado de una cena entre amigos —de esos que se jactan de tener un “concepto” en lugar de un menú y amenizan la velada con un DJ insoportable—. En cualquier caso, la cena había sido divertida y, al menos, había colmado mis apetencias más *snoob*.

Lo lógico habría sido irse a casa, pero algunos teníamos lo que se conoce “sed biológica”, una sensación de euforia que nos invitaba a alargar la velada y descubrir qué planes tenía la noche para nosotros. En el fondo sabíamos que era una mala idea, pero hay batallas que uno decide perder desde el principio.

Por suerte, en el centro de Madrid siempre hay lugar para los desamparados. Mis amigos más animados se motivaban con arengas afanadas propias de una final de la *Champions* y solo los más responsables se fueron después de cenar. “Roma no paga a traidores” pensé mientras les daba un abrazo de despedida.

Deambulamos por el centro, con las manos en los bolsillos del abrigo, hasta una coctelería abarrotada donde trabajaba un buen amigo nuestro. Había recibido varios premios recientemente y ahora estaba abarrotada de un público variopinto.

Durante el camino, la razón comenzaba a volver a mí, y cada taxi con su luz verde parecía una oportunidad de rescate.

Pero justo antes de entrar, dos chicas me interceptaron en la puerta pidiendo fuego. No está la cosa tan mal

como para magnificar un hecho así, pero aquella noche me pareció una buena excusa para socializar.

Eran simpáticas, recién llegadas de Bruselas y con mucho que contar sobre sus trabajos en el Parlamento Europeo. Estuve a punto de irme porque me moría de sueño —sobre todo porque había perdido de vista a mis amigos y mis nuevas amigas no paraban de hablar de sus respectivos novios belgas—, pero me propusieron quedarme a tomar una copa con ellas y con otra amiga suya, que seguía dentro del local. “Lo has conseguido” me dije. “Luego te irás a casa de una vez y mañana tendrás tu maldita anécdota; la cual adornarás debidamente para que a tus amigos no se les vuelva a ocurrir dejarte tirado”.

Me pedí un *Tom Collins* y comencé a charlar con las tres chicas sobre absolutas banalidades. Pero entonces apareció su amiga. Entró en escena mientras sonaba *Mr. Brightside* de The Killers con los ojos más azules que había visto en mi, hasta entonces miserable, existencia. En ese momento, comprendí que las malas decisiones no siempre son tan malas.

Estuve dos horas hablando con ella durante lo que parecieron dos días. Hablamos de Madrid, de filosofía, de viajes... Ella dominaba la conversación con mucho sentido del humor y yo resistía al fondo de la pista devolviendo bolas como podía para mantenerme en el partido.

Sorprendentemente, creo que le caí bien. En un momento dado, me contó que a primera hora de la mañana tendría que coger un tren a Málaga, y que después volvería a Bruselas porque trabajaba en el Parlamento Europeo. Cuando llegó el momento de despedirnos, me dio un beso y un abrazo que me dejaron con el corazón en un puño. “Me encantaría volver a verte” me dijo.

Con mi mejor cara del agente secreto, que claramente no soy, le dije “¿mañana mismo sitio misma hora?”. Ella se echó a reír “vale, vale” y se marchó.

Salí tras ella, viendo cómo se alejaba mientras una

sonrisa un poco tonta se me colaba en la cara.

Empecé a caminar hacia mi casa. De pronto, parado en un paso de cebra, sentí un puñetazo brutal en el estómago “¡Ha dicho que se va en unas horas! ¿Cómo vas a volver a verla, imbécil? ¿No se te ha ocurrido pedirle el número de teléfono? ¿Utilizas Instagram para subir una foto de los asquerosos *dumplings* que has cenado y no para mantener el contacto con la mujer de tu vida?”.

No tenía ningún dato que me permitiese volver a ver a esa chica. Tendría más éxito buscando el contacto de los novios belgas de sus amigas. Pensé en volar a Bélgica en unas semanas y recorrer las calles de Bruselas o intentar entrar en el Parlamento Europeo. Busqué la fecha de las próximas elecciones para ver si me daba tiempo a medrar en un partido que quisiese incluirme en las listas.

Intenté irme a dormir sintiéndome la persona más desgraciada del mundo. Pero a las 7 de la mañana, en un arranque de lucidez, me acordé del tren a Málaga. Con un coraje renovado, salté de la cama y, tras casi abrirme la cabeza en la ducha, salí corriendo de casa como un loco.

Cogí el primer taxi que encontré y en cuanto me subí al coche grité:

— ¡A la estación!

— ¿A qué estación?

— No lo sé, para ir a Málaga, ¿a dónde tengo que ir?

— A Andalucía.

— No joder, que de qué estación salen los trenes a Málaga.

Mientras el taxímetro corría, busqué en mi teléfono desesperadamente hasta que confirmé que todos los trenes que iban a Málaga salían desde Atocha.

Ya había amanecido cuando llegamos a la Castellana, cortada por una carrera popular cuyo lema era “Ponle Freno” (ya podían haberlo dicho antes). Existe una ley inexorable en Madrid: si un domingo por la mañana tienes prisa, alguien habrá programado una carrera, desfile, paseo o cualquier otra historia que bloquee el

tráfico. Llegué a Atocha pasadas las ocho de la mañana, “demasiado tarde, seguro” pensé para mis adentros.

En cualquier caso, me pedí un café y me apoyé en una columna con vistas a la puerta de salidas. Salían un par de trenes hacia Málaga en las próximas horas. Según pasaron los minutos, y gracias al efecto del café, pensé “¿Qué estás haciendo? Probablemente ya se haya ido. Y si aparece, ¿qué le vas a decir? Esto no es una película, no funciona así”.

Tras un largo debate interno, me rendí. Salí de la estación, cogí otro taxi y me fui a casa. Me gusta pensar que, en ese preciso instante, como si fuese una película, ella estaba entrando en la estación.

A media mañana empezaron a llegar mensajes de mis amigos: “¿Qué tal acabaste?, ¿todo bien?”. Decidí dar carpetazo al asunto, ni siquiera quería hablar de ello: “Nada, vi que os habíais ido y me fui a casa”. Ni siquiera quería hablar de ello.

A la noche siguiente, otro amigo me propuso tomar algo y, casi sin darme cuenta, terminamos en la misma coctelería. Lo pasamos bien. Me pedí un *Tom Collins*, aunque no me supo tan bien como el de la noche anterior.

De vuelta a casa pensé en lo absurdo de todo. Estaba manejando esa idea cuando *Mr. Brightside* sonó en mis auriculares. “Cosas del destino o de la inteligencia artificial”, pensé.

Acerca del autor

Víctor Corpa Rubio (Madrid, 1994) es licenciado en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y ejerce como abogado. Sin embargo, su verdadera pasión reside en las tertulias, en las que disfruta compartiendo conversaciones sobre lo cotidiano, la literatura, los viajes y las historias que inspiran sus primeros escritos.

Amante de los placeres sencillos, encuentra en estos momentos la chispa creativa que impulsa su vocación literaria.

La moto

La moto estaba nueva, excepto por el frente. El foco estaba quebrado, y el caparazón que lo rodeaba había casi desaparecido, junto con los espejos retrovisores.

Uno de ellos aún colgaba de la estructura, como un brazo tratando desesperadamente de volver a unirse al cuerpo.

Me la quebraron, dijo, a modo de explicación. Estábamos en el patio y ni la sombra de los almendros podía calmar ese calor guanacasteco de las tres de la tarde. Yo solo podía pensar en el agua con hielo que había dejado sobre la barra, mientras que Rigo parecía más lento, hasta tranquilo. Empezó a escarbar la tierra con el pie, la mirada baja, como si la estuviera escarbando con los ojos también. No sabía si lo hacía por pena o porque solo así se puede hablar de las desgracias; tal vez un miedo a mirarlas de frente, a llamarlas otra vez.

Esta le había pasado un domingo, en el bar del pueblo. El lugar era un galerón con piso de cemento y paredes de madera. Adentro tenía unas cuantas mesas dispersas, con sillas de plástico que no combinaban; frente a estas estaba la barra, de madera también, medio hecha a la improvisada y medio torcida hacia el lado derecho. Desde ahí podía verse el mar al otro lado de una calle de tierra, por la que siempre estaban entrando el polvo de los carros, perros callejeros y una que otra gallina.

Solo los locales iban. Los turistas paraban solo por equivocación, o la gente que venía de la capital a comprar bolsas de hielo o ceviche cuando lo había. Nadie más se acercaba. El lugar era demasiado austero, pero más que eso siempre había tenido una reputación — merecida o inmerecida, no sabemos — de broncas con machete en mano.

Aquel domingo a Rigo le habían pagado y fue a sentarse en la barra con esa intención que traen los hombres que tienen dinero en el bolsillo. Pidió una cerveza, pidió otra, y unas horas después, ya tenía toda una colección de botellas enfrente. Cerca del atardecer dijo que volcó los ojos hacia el mar. El sol empezaba a desaparecer y no se veía a nadie en las bancas sobre la arena. Por alguna razón, eso lo hizo sentirse muy solo. Pensó en su hijo en Nicaragua, en su vida corta que a veces le había parecido demasiado larga.

Iba a pedir otra cerveza, pero en eso los vio venir: dos de cada lado. Solo tuvo tiempo de levantarse y pensar en una película de acción que había visto recientemente en la televisión de la pulpería. El héroe enfrentaba una situación similar: los secuaces del malo que lo venían a buscar. Sin ningún problema el tipo los había despachado de uno en uno, con patadas y puñetazos bien puestos.

La memoria lo hizo sonreír y hasta le dio un poco de risa. Aún estaba sonriendo cuando sintió sangre entre los dientes. Luego las patadas le apagaron todo sentimiento. Desde el piso de tierra los vio alejarse y supo que la habían agarrado contra la moto. Ojalá me hubieran seguido pegando, fue lo único que pensó.

Y es que le había costado tanto comprarla: una Pulsar nueva, negra. Se la habían dado a pagos y, con el trabajo de guarda que incluía vivienda, había logrado apartar algo para la mensualidad. Era la primera vez en su vida que se compraba algo así, de valor. Cuando se la llevó a casa, había sentido que el viento lo hacía más alto, más grande. Quería que alguien lo viera,

aunque no supo decir exactamente quién. Después solo podría pensar en ella, en la manera que juntaba las manos sobre su pecho cuando iba atrás de él en la moto, como si estuviera rezando por los dos. La había conocido una mañana cuando llegó a limpiar la casa que él cuidaba. A veces le salían trabajitos así, le dijo: casas de extranjeros, de gente de la capital que bajaba para los feriados. Llegaba a limpiar y después conversaban de pie, sobre la calle, mientras ella le iba contando cómo eran las casas por dentro.

Cuando no podía dormir, sentía que aún la escuchaba en la oscuridad. Su voz lo iba guiando entre cuartos pintados de azul, adornados con peces multicolores y sofás grandes como camas. A veces hasta se veía viviendo con ella en una de esas casas, tomando el sol o levantándose tarde, como hacían los hijos del patrón que tenían su misma edad.

En algún momento, hasta pensó en traérsela a vivir con él. Era una casa pequeña, de un solo cuarto, pero podrían arreglarla bonito; poner sillas en el frente y sentarse a ver la gente pasar. Ella tenía una hija, pero podría traérsela también. Quizás hasta le caería bien volver a ser padre, sentar cabeza un poco, como siempre le aconsejaba un guarda más viejo que trabajaba enfrente. Si mandaba a traer a su hijo de Nicaragua, sería igual que el guarda, con una esposa y dos güilas.

No le pareció mala idea.

Al principio, ella hasta le había aceptado la oferta. Volvió a verlo como cuando salían a andar en moto, con esos ojos un poco menos cansados de la vida.

Después lo apretó fuerte mientras viajaban a ver el atardecer. Llegaron a la playa y se estacionaron cerca del estero, como siempre. Una garza alzó vuelo y la siguieron hacia el mar y más lejos. Luego quedaron en que él pasaría por ellas en unos días. Pero cuando pasó, no salió nadie. Pasó de nuevo y nada. Ninguna respuesta. A los días se enteró de que el padre de la niña había vuelto. Decían en el pueblo que no lo quería; otra manera de decir que, si lo veía, iba a haber problemas.

Pero él ya estaba atado a ella. No sentía que debía dejarla así nomás. Además, las mujeres no le pertenecen a nadie. Si ella no lo quería, que se lo viniera a decir.

Y ella vino. Una tarde. Le dijo que no y que no podía, pero en sus ojos se veía que otra persona estaba hablando. Escarbó la tierra con el pie, la mirada baja, y se puso a hablarle de su hija, de algo que ver con la estabilidad, familia y Dios.

La vio partir. Luego no supo qué hacer con todo lo que sentía. Sacó la moto y anduvo hasta que le lloraron los ojos de tanto polvo que había tragado. Fue y se estacionó frente a la casa de ella una noche. Empezó a tocar la bocina hasta que se despertaron todos los perros del vecindario, hasta que aullaron y aullaron.

Volvió a venir otra noche y tocó de nuevo, medio borracho, mientras la luna se alzaba sobre los restos de basura que quemaban en un lote adjunto.

A los pocos días, fue lo del bar. Después la moto no anduvo más. No pude seguir jodiendo, dijo con una sonrisa, quién sabe cuántos perros más hubiera despertado.

Dejó de hablar y se quedó mirando algún punto indefinido del horizonte, o tal vez las manos de ella, aún sobre su pecho. Se disculpó y dijo que debía volver al trabajo.

Antes de eso, pidió que intercediera con mi padre, el patrón, para ver si le hacía un préstamo para arreglar la moto. Que me lo descuente de la paga, dijo, mientras volvía a ver el carro en el que yo había llegado esa mañana.

Luego dio media vuelta y volvió a su puesto lentamente; yo a mi agua, con el hielo derretido.

Acerca del autor

Daniel Quirós (San José, Costa Rica, 1979) es doctor en literatura por la University of California San Diego. Su primera novela, *Verano rojo* (2010), ganó el Premio Nacional de Literatura “Aquileo J. Echeverría” y fue nombrada entre las treinta mejores publicaciones costarricenses del siglo XXI. Además, ha publicado la colección de cuentos *A los cuatro vientos* (2021) y novelas: *Lluvia del norte* (2014) y *Mazunte* (2015). Actualmente trabaja como profesor en Lafayette College.

ÍNDICE

Prólogo.....	6
Pelillos a la mar	12
Mercedes Chozas	
Castillo.....	18
Miguel García de Antelo	
Pasolini: Pasión y muerte (o Pulsión y muerte)	28
Marta Virginia Torezan	
POESÍAS.....	38
Giovanni Dotoli	
Óscar de la Fuente Ordoñez	
María José Díaz Garrido	
Carmen Gugalun	
Un padre transgresor	50
Tomás García Yebra	
Mr. Brightside	62
Víctor Corpa Rubio	
La moto	68
Daniel Quirós	

Editorial: NIKOBOX WORLD
ISBN: 978-84-09-61374-8_2
DEPÓSITO LEGAL: M-24165-2023

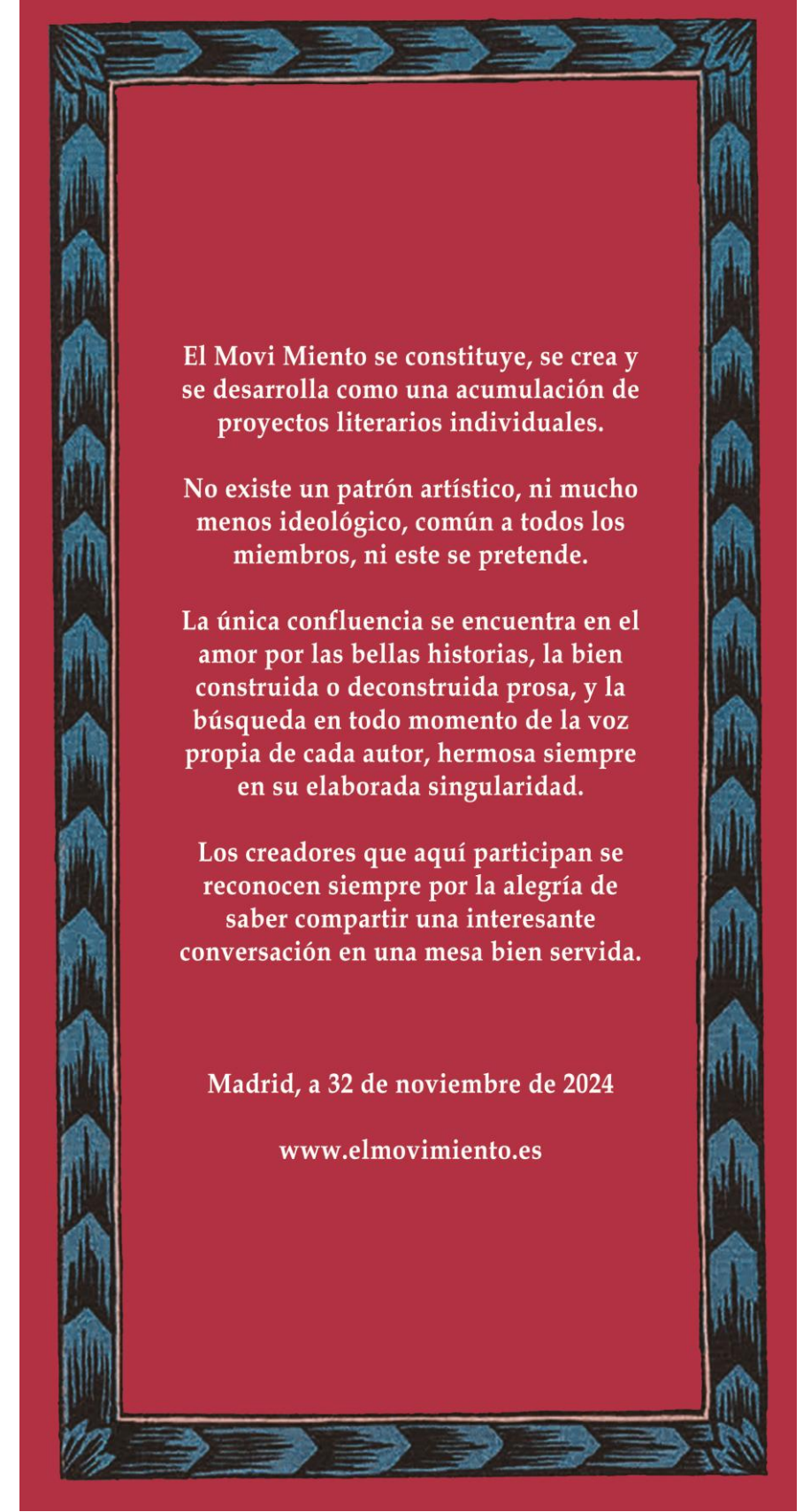
EJEMPLAR SIN VALOR COMERCIAL
Con patrocinio de:



CONFASSOCIAZIONI
ESPAÑA



Accademia Mondiale della Poesia
World Poetry Academy
Académie Mondiale de Poésie



El Movi Miento se constituye, se crea y se desarrolla como una acumulación de proyectos literarios individuales.

No existe un patrón artístico, ni mucho menos ideológico, común a todos los miembros, ni este se pretende.

La única confluencia se encuentra en el amor por las bellas historias, la bien construida o deconstruida prosa, y la búsqueda en todo momento de la voz propia de cada autor, hermosa siempre en su elaborada singularidad.

Los creadores que aquí participan se reconocen siempre por la alegría de saber compartir una interesante conversación en una mesa bien servida.

Madrid, a 32 de noviembre de 2024

www.elmovimiento.es